

Existió en un tiempo una ciudad ociosa, donde los hombres contaban cuentos vanos. Era costumbre de esta ciudad imponer a todos los hombres que entraban en ella el impuesto de una historia ociosa a la puerta. De manera que todos los viajeros pagaban a los guardas el impuesto de un cuento ocioso, y entraban en la ciudad sin ser molestados. Por la noche, cuando el rey se levantaba y se paseaba agitado por la cámara en que dormía pronunciando el nombre de la reina muerta, cerraban la puerta los vigilantes, entraban en la cámara del rey y, sentados en el suelo, contábanle las historias que habían recogido. Y escuchándolos acudía cierta quietud al ánimo del rey, que luego de algún tiempo tendíase otra vez, y al fin se quedaba dormido. Entonces se levantaban los vigilantes en silencio y salían de puntillas de la cámara.

Un día que erraba sin rumbo llegué a la puerta de aquella ciudad. En aquel momento levantábase un hombre a pagar su impuesto a los guardias. Estaban sentados con las piernas cruzadas en el suelo, entre el hombre y la puerta, y cada uno de ellos tenía una lanza. Junto a este hombre sentábanse otros dos viajeros sobre la arena, esperando. Y el hombre decía:

—Entonces, la ciudad de Nombros abandonó el culto de los dioses y se volvió hacia Dios. Así es que los dioses se cubrieron el rostro y se alejaron de la ciudad, e internándose en la niebla de los montes, atravesaron los olivares cuando el sol se ponía. Cuando ya habían dejado la tierra, se volvieron y miraron a través de los dorados pliegues del crepúsculo por última vez a su ciudad; parecían entre airados y tristes; después se alejaron para siempre. Pero enviaron una Muerte, que llevaba una guadaña, diciéndole: Mata a media ciudad, pero deja viva a la otra media para que pueda acordarse de los viejos dioses que abandonó.

Pero Dios mandó un ángel exterminador para mostrar que Él era Dios, y le dijo:

—Baja, muestra la fuerza de mi brazo a esa ciudad, mata a la mitad de sus habitantes, mas deja vivir a la otra mitad para que conozca que yo soy Dios.

Y empuñó su espada el ángel exterminador, y la espada salió con un profundo suspiro, como el resuello que el fornido leñador toma antes de descargar el primer golpe sobre la encina. En esto el ángel, dirigiendo sus brazos hacia abajo y tendiendo entre ellos su cabeza, se inclinó sobre el borde del cielo, y con una flexión de los tobillos, se arrojó con las alas plegadas. Bajó sesgando hacia la Tierra al atardecer, con la espada extendida, y era como si la jabalina disparada por un cazador tornase al suelo; pero antes de tocarle irguió la cabeza, desplegó sus alas adelantando las plumas y fue a posarse en la orilla del ancho Flavro, que divide la ciudad de Nombros. Y desde la

orilla fue revolando bajo, como el halcón sobre el rastrojo recién cortado cuando las pequeñas criaturas del sembrado no hallan cobijo; y al mismo tiempo, por la otra orilla, venía guadañando la Muerte enviada por los dioses.

Se vieron de pronto, y el ángel fulminaba con sus ojos a la Muerte, y la Muerte lo miraba de soslayo, y las llamas de los ojos del ángel iluminaban con rojo fulgor la niebla que llenaba las huecas órbitas de la Muerte. Súbitamente se precipitaron uno contra otro, espada contra guadaña. Y el ángel se apoderó de los templos de los dioses y puso sobre ellos el signo de Dios, y tomó la Muerte los templos de Dios e introdujo en ellos los sacrificios y ceremonias de los dioses; y en tanto deslizábanse pacíficamente los siglos bajando por el Flavro hacia el mar.

Unos adoran a Dios en el templo de los dioses, y adoran otros a los dioses en el templo de Dios; y aún no ha tornado el ángel a los coros regocijados, ni ha vuelto la Muerte a morir con los dioses muertos, sino que luchan sin cesar por toda Nombros, y aún vive la ciudad sobre las márgenes del Flavro.

Y los guardas de la puerta dijeron:

—Entra.

Se levantó en seguida otro caminante, y dijo:

—Nubes grises vinieron flotando solemnes entre Huhenwazi y Nitcrana. Y aquellas grandes montañas, la celeste Huhenwazi y Nitcrana, la reina de las cumbres, las saludaron con el nombre de hermanas. Y las nubes se regocijaron con el saludo, porque rara vez encuentran compañeros en las solitarias alturas del cielo. Pero los vapores de la tarde dijeron a la bruma terrestre: ¿Qué son esas formas que osan moverse encima de nosotros y acercarse a donde están Nitcrana y Huhenwazi ?

Y la bruma terrestre respondió a los vapores de la tarde: -No es más que una bruma que se ha vuelto loca y ha abandonado la tierra tibia y confortable, y ha creído en su demencia que su lugar está junto a Huhenwazi y Nitcrana.

Un tiempo, dijeron los vapores de la tarde, hubo nubes, pero de eso hace muchos, muchos días. Tal vez sea que la loca piensa que es las nubes. Luego hablaron los gusanos de las cálidas profundidades del cieno, y dijeron: -¡Oh bruma terrestre, tú eres las nubes y no hay otras nubes que tú! En cuanto a Huhenwazi y Nitcrana, no puedo verlas; por tanto, no son altas, y no hay otros montes en el mundo que los que yo empujo todas las mañanas de las profundidades del fango.

Y la bruma terrestre y los vapores de la noche se alegraron a la voz de las lombrices de tierra, y, mirando hacia la tierra, creyeron lo que habían dicho. Y en verdad que es mejor ser como la bruma terrestre y estar caliente junto al fango por la noche, oyendo

el lenguaje confortable de las lombrices de tierra, y no vagar por las tristes alturas, sino dejar solos a los montes con su desolada nieve que extraigan todo el bienestar posible de su imponente apariencia sobre las ciudades de los hombres, y de los murmullos de ignorados dioses lejanos que oyen al atardecer.

Los vigilantes de la puerta dijeron:

—Entra.

Entonces se levantó un hombre que venia de Occidente y contó una historia occidental. Decía:

—Hay un camino en Roma que cruza un templo antiguo, en otra edad preferido de los dioses; corre sobre una gran muralla, y muy por debajo está el piso del templo, de mármol blanco y rojo. En el suelo del templo conté hasta trece gatos hambrientos. A veces, decían, vivieron aquí los dioses, otras los hombres, y ahora viven los gatos. Gocemos del sol sobre el caliente mármol, antes de que otros vengan. Porque sólo en las horas de la cálida siesta podía oír mi fantasía las voces silenciosas. Y la espantosa flacura de los trece gatos me incitó a comprar peces. Volví y los arrojé por encima de la baranda que corría sobre el fastigio del muro, cayeron desde treinta pies y restallaron sobre el sagrado mármol con un chasquido.

En otra ciudad que no fuera Roma, o en la mente de otros gatos, la vista de unos peces que caen del cielo hubieran causado maravilla. Se levantaron, se estiraron, y luego se acercaron perezosos a los peces. No es más que un milagro, dijeron.

Los vigilantes de la puerta dijeron:

—Entra.

Mientras hablaban a su manera, orgullosa y pausada, llegó hasta ellos un camello, cuyo jinete quería entrar en la ciudad. Brillaba su rostro al sol poniente, por el cual se guiara largo tiempo hacia la puerta de la ciudad. Le exigieron el impuesto. En esto habló a su camello, y el camello mugió y se arrodilló, y el hombre descendió. Desenvolvió de entre muchas sedas una caja de diversos metales labrada por los japoneses. Y en su tapa se veían figuras que contemplaban desde una ribera una isla del Mar Interior. Mostró la caja a los vigilantes, y cuando la hubieron visto, dijo:

—A mi me parece que unos a otros se hablan así:

—Contemplad a Oojni, la amada del mar, del pequeño mar paternal sin vientos. Sale de Oojni cantando una canción, y torna cantando sobre sus playas. Pequeña es Oojni en el regazo del mar, y apenas si la advierten los barcos. Nunca volaron lejos sus leyendas sobre las blancas velas, ni las cuentan los barbados caminantes del mar. Sus

cuentos de junto al fuego son ignorados en el Norte; los dragones de China nunca los han oído, ni los que cruzan la India a lomo de elefante. Los hombres cuentan los cuentos y asciende el humo; huye el humo y están contados los cuentos.

Oojni no es un nombre entre las naciones; no es conocida allí de donde vienen los mercaderes ni es mencionada por extranjeros. Aunque Oojni es, en verdad, pequeña entre las islas, es amada por los que conocen sus costas y sus tierras interiores escondidas del mar. Sin gloria, sin fama y sin riqueza, Oojni es muy amada por un pequeño pueblo y por unos pocos más; es decir, no por pocos, porque todos sus muertos la aman aun, y a menudo vienen por la noche murmurando entre los bosques. ¿Quién podría olvidar a Oojni aun entre los muertos? Porque aquí, en Oojni, hay hogares, y jardines y dorados templos, y sagrados lugares junto a la orilla, y muchos bosques rumorosos. Y hay una senda que serpea entre los montes para internarse en misteriosas tierras santas donde danzan a la noche los espíritus de los bosques, o cantan invisibles a la luz del sol; y nadie entra en esas tierras, porque el que ama a Oojni no roba sus misterios, y los extraños no vienen. Nosotros amamos a Oojni, tan pequeña; es la madre de nuestra raza y la amante nodriza de todas las aves marinas.

Y ved cómo, aun ahora, la acarician los suaves dedos del padre mar, cuyos sueños están lejos, en ese viejo vagabundo el Océano. Mas no olvidemos a Fuzi-Yama, porque se yergue visible sobre mar y nubes, brumoso abajo y vago e impreciso pero claro en lo alto, para mirar a todas las islas. Los barcos hacen a su vista todos sus viajes, y las noches y los días cruzan por él como si fueran viento; los veranos y los inviernos aletean y mueren a su falda; las vidas de los hombres pasan silenciosas. Y Fuzi-Yama observa... y sabe.

Y los guardas de la puerta dijeron:

—Entra.

Y yo también hubiera contado un cuento, muy extraño y muy cierto; un cuento que he contado en muchas ciudades y que hasta ahora nadie ha creído. Pero ya el sol se había puesto, y tras el crepúsculo, se levantaban los espectrales silencios en los sombríos montes. Una gran quietud se cernía sobre la puerta de la ciudad. Nos hicieron señas invitándonos a entrar en la ciudad sin pagar el tributo. Y subimos blandamente por la arena y pasamos entre los altos pilares de roca desde la puerta, y un profundo silencio se hizo entre los centinelas, y las estrellas titilaban serenas sobre ellos.

Cuán poco tiempo habla el hombre y cuán vanamente además. Y cuánto tiempo calla. Justamente el otro día hallé a un rey en Thebas que ya lleva cuatro mil años en silencio.